

*Lenguaje y lucha social en
«El zorro de arriba y el zorro de abajo»,
de José María Arguedas*

José María Arguedas parece ser uno de los pocos, si no el único, escritor capacitado y dispuesto a afrontar la tarea literaria, de reflejar la realidad peruana de forma exigente. En varias ocasiones ha demostrado que cumple las condiciones necesarias para encarnar las visiones conflictivas del novelista hispanoamericano señaladas por Fuentes: la del «artista con aspiración universal» y la del «escritor nacional»¹. La lucha estética, que no se desliga nunca de la lucha personal, se ve a lo largo de la obra arguediana. Desde los recuerdos de la infancia —cada vez más lejanos—, este autor se viene acercando al presente. Simultáneamente, su lenguaje narrativo se desarrolla y se amplía para llegar a ser mucho más que una genialidad lírica o una capacidad para trasladar estructuras quechuas a un castellano ajustado al propósito literario, como afirma Mario Vargas Llosa².

En un simposio publicado con el título de *Primer encuentro de narradores peruanos*, Arguedas afirma que de hecho no existe una escisión entre la «realidad realidad» y la «realidad literaria»³. Es decir, que definitivamente no se trata de que el escritor se deje llevar por una técnica creativa, con el fin de entretener al lector culto. Para Arguedas, la obra de arte no admite una desvinculación de la sociedad, no puede o por lo menos no debe convertirse en una meta puramente estética.

¹ CARLOS FUENTES, *La nueva novela hispanoamericana*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 5.ª ed., 1976, p. 23.

² MARIO VARGAS LLOSA, «José María Arguedas y el indio», *Casa de las Américas*, oct.-nov. 1956, pp. 139-147.

³ JOSÉ MARÍA ARGUEDAS, en varios, *Primer encuentro de narradores peruanos*, Lima, Casa de la Cultura del Perú, 1969.

Teniendo en cuenta este hecho, vemos en su novela póstuma, *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971), un estrecho enlace entre la estructura narrativa y el estilo. Se nota además que los conflictos sociales están presentes desde el principio, incluso en el mismo título de la novela. Bien se sabe que su autor no consiguió la síntesis tan anhelada en su vida personal, comenzada en un medio adverso insuperable. Sin embargo, ello no impidió que Arguedas hiciese un último intento de resolver las circunstancias antagónicas.

El propósito de este ensayo es observar el lenguaje de varios personajes de *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Se verá claramente que la expresión lingüística (I) puede servir para identificar el papel social de cada uno, y que (II) el lenguaje representa tanto el resultado como la causa de estos *status* sociales. O sea, que el lenguaje es aquí un punto de contacto muy importante con la realidad extraliteraria. A continuación se verá en qué forma el autor utiliza una técnica narrativa para aproximar al lector a esta «realidad realidad» del texto. Los temas que vienen comentándose a lo largo de los *Diarios* intercalados con los *Hervores* de la novela tienen su reflejo en la vida de los personajes y en los narradores omniscientes. Si a veces el lector se olvida de que los verdaderos narradores son los zorros de milenaria vida mítica, entonces Arguedas alcanza su ideal de universalidad, convirtiéndose así en un novelista que supera la creación documental y prejuiciada, la que acaba por ser simplemente una protesta en balde contra la burguesía.

De ahí que se justifique el uso de una estructura narrativa que algunos críticos han tachado de inferior o caótica⁴. Sabiendo lo que significaba para Arguedas el poder escribir —«si no escribo y publico, me pego un tiro», «o actor... o nada»⁵—, no puede aceptarse que el supuesto 'caos' sea gratuito. Más bien la novela en su totalidad es una representación de la realidad sumamente eficaz.

Pueden señalarse seis estilos lingüísticos que configuran la manera de hablar de los personajes en *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Recordando que «el comportamiento lingüístico es una parte de la compleja trama de las interacciones humanas»⁶, presentamos las seis divisiones en el siguiente cuadro:

⁴ IVO RENS, «El suicidio de Arguedas», en *Cuadernos Americanos*, núm. 4, 1976, pp. 79-127.

⁵ JOSÉ MARÍA ARGUEDAS, *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, Buenos Aires, Editorial Losada, S. A., 1971, pp. 19 y 274-75.

⁶ ALFRED G. SMITH, comp., *Comunicación y cultura*, vol. 1: La teoría de la comunicación humana, Buenos Aires, Nueva Visión, 1976, p. 14.

← Estilo	← Forma	← Función connotativa social
Vulgar	Léxica	Agresión, enfado
Defectuoso	Fonética	Conflictivo subjetivo (trastornos personales)
Telegráfico	Sintáctica	Capacidad comunicativa limitada
Caótico	Semántica	Locura, inestabilidad, falta de credulidad
Bilingüe	Léxica, fonética, sintáctica, semántica	Falta de inteligencia
Metalingüístico	Discursiva	Judicativa

Da la casualidad de que cada estilo se manifiesta sobre todo en un nivel del lenguaje, y que sólo aparece en todos los niveles en el caso del hablante bilingüe, cuyos conocimientos del idioma oficial, es decir, del castellano opresor, son siempre inadecuados. Ahora bien, en la realidad extraliteraria, el vehículo de comunicación posee un alto grado de redundancia, de desorden, que pueden o no ser significativos para el acto de habla. Sin embargo, al tratarse de una obra de arte, se supone que cualquier fenómeno existente dentro del cerco narrativo aporte datos pertinentes para la comprensión del lector, quien está obligado a conocer el mundo novelesco por medio del texto. En *El zorro de arriba y el zorro de abajo* es una tarea muy fácil la de vincular el habla de los personajes con su específico *status* sacionovelístico.

EL LÉXICO VULGAR

Al comienzo de la novela, el carácter vulgar de la conversación del pescador Chaucato da la sensación de agresividad y potencia. Hasta cierto punto el lector siente que el personaje abusa de él, a medida que agrede contra las circunstancias sociales que lo rodean. Pero las palabras engañan, la rebelión no va más allá del ataque verbal, arma que cuanto más se sostiene, tanto más hunde y deja estancado al que la blande. La repetición pronto demuestra una actitud fatalista ante un medio tan adverso como Chimbote; sólo los inválidos se conforman con semejante miseria una vez que se dan cuenta de ella. Por otro lado, aunque se trata de un diálogo entre dos personas, lo que se destaca es la subjetividad individualista de Chaucato, cuyas palabras caben dentro de la función emotiva del lenguaje y, por lo tanto, no

exigen la colaboración de un oyente. Diálogo de sordos, el mensaje queda trunco, sin trascendencia.

Al mismo tiempo, el habla vulgar cumple otro papel. El lenguaje posee dos tipos de características: las que son derivadas del sistema lingüístico («system-derived characteristics») y las que son derivadas del contorno («context-derived») ⁷. Estas últimas sirven para suprimir las ambigüedades del mensaje, a la vez que sirven para permitir más elasticidad de expresión. En el caso del diálogo de Chaucato, se establece un estrecho lazo entre los vocablos vulgares y el contexto físico. Tales palabras señalan directamente el medio adverso, la madre naturaleza vuelta madrastra cruel, ajena a los intereses de sus hijos, y la madre patria que los peruanos originales apenas llegan a conocer. Son hijos espúreos: *a*) por causa de la invasión extranjera e imperialista, y *b*) por no pertenecer a ella ni lingüística ni culturalmente.

El segundo es el caso de los indios que no comprenden el concepto abstracto del Estado: sólo conocen los colores de la bandera y el duro trabajo obligatorio. (Habría que notar aquí, y también se verá más abajo, que Arguedas critica al indio cuando éste se aleja de lo suyo: la sociedad serrana.) El castigo social es prolongado en el habla, cuya referencia sexual denota una perversidad generalizada en la que un hombre —el empresario Braschi— simbólicamente «da luz» a hijos, cada vez más degenerados según su número aumenta. Este personaje no aparece nunca en persona, pero está en todas partes, en la conversación de varios individuos que viven en el puerto; así funciona como una traba al avance social. El mar («la» mar, según ciertos personajes) que hubiera podido crear seres humanos, se ha convertido en una «puta» (observación de Chaucato) cuyos únicos hijos son miserables forasteros que terminan por hundirse en la arena (tanto literal como figurativamente). Los que mandan tampoco comprenden la situación. Véase el encuentro de don Angel con el forastero zorruno. Este trae un análisis y posible solución para el embrutecimiento de la sociedad porteña, pero no es comprendido.

En resumen, entonces, las palabras desagradables al oído destacan una violación —en términos económicos— de todo el Perú, empezando por el punto de penetración que es el puerto de Chimbote:

«(Chaucato) Siguió hablando: "¿Cómo chucha... estos amos de fábrica hacen parir billetes a cada anchovetita, metiéndoles candela a fierro violento? Nosotros, putamadre, les llevamos el material... Yo hago parir a la mar... ¡Listos, carajo! Ahí está la

⁷ PAUL I. GARVIN, «The Functional Properties of Language», University of New York at Buffalo, mimeograph, s/f.

mancha, sombreando. ¡Me cago en la ecosonda! ¡Abajo la chalana, concha'esu madres!»⁸.

Aquí los trabajadores entregan sus fuerzas viriles/vitales a la empresa que intenta conquistar al mar. Sólo logran terminar rendidos (es decir, pobres) en los prostíbulos establecidos precisamente con el propósito de arrebatárles el sueldo y devolverlo a la compañía. También la presencia de la prostitución, que produce verdaderos hijos ilegítimos, está representada en el habla vulgar. El Mudo lo sabe, su «Yo soy hijo de puta» no es mera vulgaridad; su madre trabaja todavía en un burdel. Tampoco es afirmación gratuita la de la embarazada «chuchumaca» Paula Melchora cuando se dirige a un Tinoco ausente con «Me judiste..., ¡ay, putaza vida!». La palabra actualizada, entonces, cobra una fuerza doble en estos contextos, ejerce no sólo una función emotiva, sino también referencial.

EL HABLA DEFECTUOSA DEL TARTA

Aparentemente un personaje de poca trascendencia, el Tarta es objeto de burla debido a su incapacidad de hablar sin tartamudear. Pero es él quien encuentra la explicación de las circunstancias opresivas reinantes en el medio ambiente. Normalmente tropieza al expresarse; por consiguiente, su corrección discursiva cuando se dirige a don Diego se destaca aún más, cobra importancia en relación con el contenido de este comentario:

«—Tú, tú eres un "zorro" —le dijo el Tarta sin atracarse—. ¿Vienes de arriba de los cerros o del fondo del Totoral de la Calzada? ¿O soy yo tú y por eso no tartamudeo? Nadie hace lo que he hecho yo con sólo cinco mil soles en el puño. Nadie, amigo Tarta, entre esas fieras y con la más desnaturalizada fiera. Eso se hace cuando hay fuego en el corazón, fuego de vida, aunque revuelta, como la de ese hongo maldito de humo rosado que se eleva de Chimbote, que sí es una chucha en la que estoy metido hasta el cuello, pero sin pudrirme. Vida entre cholos disparejos, criollos chaveteros y chimpancés internacionales chupadores de toda sangre, de mar, aire y tierra, amigo, amigo Tarta. Cuídese de Angel Rincón. Es el oído del oído de los chimpancés»⁹.

⁸ JOSÉ MARÍA ARGUEDAS, *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, Buenos Aires, Editorial Losada, S. A., 1971, p. 35.

⁹ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, pp. 142-43.

Lenguaje humanizador y deshumanizante a la vez el del Tarta: explica cómo la naturaleza corrompida se convierte en una entidad carnívora, devastadora, al dejarse domar por unas bestias humanas. En ningún momento el hablante pierde la capacidad expresiva en esta ocasión que es un encuentro significativo: el Tarta reconoce al don Diego y lo que representa este personaje para Chimbote, cuando en general la presencia del forastero pasa inapercibida en el puerto.

De paso nótese además que el hablar normalmente torpe del Tarta, símbolo de algún trastorno personal de él, no obstante, permite apreciar que hay un trasfondo de importante implicación social: «Pa-pa-para los se-se-serranos de tierra. La-la mar i-i-igual, o-o-oye pa-pa-paseante»¹⁰. Aunque a primera vista carezca de sentido el lenguaje de este individuo, se comprenderá (eventualmente) que las apariencias engañan y que los diálogos del Tarta son de considerable trascendencia.

EL ESTILO TELEGRÁFICO

Inicialmente el lenguaje telegráfico de algunos personajes parece estar relacionado con su aparición en forma de canto; es decir, que se permite una mayor libertad sintáctica porque el diálogo asume forma de verso. Mas por medio de esta sintaxis escueta se retrata el país que es Perú. Faltan los verbos, portadores de la acción, igual que faltan el progreso socio-económico y la lucha dinámica contra la injusticia. El motivo de la mezcolanza léxica no parece muy claro, pero sí es claro el resultado. Cada palabra así se convierte en un microcosmos de los elementos sociales superpuestos y revueltos hasta la desesperación: la industria, que ya ha aparecido descrita como una realidad degradada y contaminadora, avasalla a la patria, estrangulándola y envenenándola como una gran serpiente; ahoga a la gente con el apretón de sus anillos y despedaza lo que pudiera tener de significación el país, indicado en forma difusa por el rojo y blanco de la bandera peruana en los siguientes versos entonados por la prostituta Paula Melchora:

camino de bolichera en la mar, culebra,

Culebra Tinoco

culebra Chimbote

culebra asfalto

culebra Zavala

culebra Braschi

cerro arena culebra

juábrica harina culebra

¹⁰ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 45.

challwa pejerrey, anchovita, culebra,
 carritera culebra
 camino de bolichera en la mar, culebra
 fila alcatraz, fila *huanay* culebra.

....

Gentil gaviota
 islas volando
 culebra, culebra,
 cerro arriba, culebra,
 cerro abajo, culebra,
 bandera peruana culebra.

.....

Bandera peruana
 rojo blanco
 culebra culebra culebra...¹¹.

Estas palabras no describen, encarnan la situación social, son el reflejo lingüístico de una realidad igualmente caótica. Es más: el encuadre tan escueto les permite señalar al lector en forma más directa los males que se han juntado. Igual que en el caso de la vulgaridad, el signo equivale al concepto de explotación y corrupción; el material, tanto lingüístico (los sustantivos) como social (los bienes anhelados), predomina sobre la dinámica (los verbos y la lucha de clases).

Posteriormente, don Angel ofrece una explicación de estos elementos: la culebra de humo, las facciones políticas que bullen dentro de la nación, las tensiones dialécticas. Pero su visión tiene poco alcance, y es significativo que este personaje termine por fijarse solamente en el burdel y en los numerosos costales de harina de pescado que bordean el puerto. El capital mal distribuido y el placer físico prostituido son obstáculos para un mejoramiento de estas circunstancias.

Moncada, el zambo mulato «jalador» de pesca, sobre el cual se hablará a continuación, también se expresa alguna vez en estilo telegráfico, y con economía verbal va a retratar a su manera lo intrincado de la sordidez nacional:

«Belaúnde, presidente de la República, Víctor Raúl Haya de la Torre, padre-madre de presidentes, senador Kennedy muerto; pobrecito madre de Belaúnde, del General Doige, del Almirante Zamoras, del Perú América. ¡Yo, yo, yo! ¿Se acuerdan de la peste bubónica que salió de Talara-Tumbes? Yo soy esa pestilencia, aquí estoy sudando la bubónica de Talara-Tumbes Internacional Petroleum Company, Esso, Lobitos, libra esterlina, dólar»¹².

¹¹ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, pp. 54-55.

¹² Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 62.

UN CASO DE HABLA CAÓTICA

Moncada demuestra el mayor grado de irracionalidad en su manera de hablar y actuar. Desvaría en su conducta, lanza frases enigmáticas hacia un público entretenido y pasivo, a veces hasta ausente, para recibir el comentario: «Moncada es conocido, nadie lo molesta. Habla la verdad que dicen los locos»¹³. No obstante, la supuesta locura del zambo, su falta de lógica semántica, no es más que un disfraz; otro, como los muchos que se pone cuando sale a predicar. Y su infantilismo es sólo superficial: Moncada se ve a sí mismo como un actor de varios papeles y el lector debe de reconocer que esto es precisamente el carácter pluriforme de la corrupción de la que está invadido el Perú. Recuérdese que Moncada se ha identificado como la peste ocasionada por la nueva corrupción industrial. Al mismo tiempo, y pese a su carencia de lógica aparente, desenmascara los males sociales, los encarna y carga con ellos: la cruz que lleva cuando aparece en la novela por primera vez no es gratuita, ya que señala el papel de mártir que ejerce. Una serie de citas servirá para demostrar la multiplicidad de funciones del «loco», que en realidad es un profeta cuyas profecías son acertadas:

«Miren cómo toreo las perversidades, las pestilencias. Yo soy lunar negro que adorna la cara...; lunar de Dios en la tierra, ante la humanidad. Ustedes saben que la policía me ha querido llevar preso otras veces porque decía que era gato con uñas largas, de ladrón. Yo no niego que soy gato, pero roba la amistad, el corazón de Dios, así araña yo... Y no es la moneda la que me hace disvariar, sino mi estrella...»¹⁴.

«Pobre Moncada, loco Moncada, todos te calumnian... El gobierno te calumnia, te hace sudar, flagelar, calafatear con candela, te mete en los podridos del barro, del zancudo; Mohana, el candidato a alcalde, te echa la babita, te enamora, te dice "blanquito, blanquiñosito", te mete alfiler al corazón. ¡Pobre Moncada, Moncadita, hijo! ¿No ves? Ahí mismo que hablo de ti, hasta el sol se esconde. Ya sabía que era sol de nublado. Pero calcula y se va cuando hablamos de Moncada. ¡El sol sabe quién soy yo, de mí quedará memoria! Braschi me odia, él tiene quijada de mono grande, de monazo grande. Oigan: Braschi ha hecho crecer este puerto; lo ha empreñado a la mar, ustedes son hijos de Braschi, ese Caín al revés, hermanos...»¹⁵.

¹³ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 62.

¹⁴ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 61.

¹⁵ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 63.

A su vez esta víctima de la economía y sociedad corrompidas está condenada a perpetuar la desgracia, la perversión que sigue dando luz a hijos no queridos y a relaciones humanas deshechas. Su farsa, efectuada por medio de un embarazo fingido con un gatito escondido dentro de una barriga postiza, no es menos ridícula que la farsa que se presenta diariamente en Chimbote:

«Su padre lo niega. Se llama Anacleto Pérez Albertis, su engrandador, patrón de lancha. Pero en Chimbote, los obreros de la fundición Sogera, ¡único ellos reconocen a sus espúreos! Jornal alto, regular, descontable por ley; ellos viven en el barrio «Cuernavaca», Buenazo, fiscal, elegante. Trabajan turnos de noche y ahí fabrican cuernos las señoras, mejor que mejor que la fundición hace varillas de acero. A mí ¡ay, aycito, ay! nadie me quiere reconocer como padre, Anacleto Pérez Albertis. En nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, los otros barrios del Chimbote están pestilenciados de gatos sin padre, como yo ¡hijito!»¹⁶.

Moncada está siempre consciente de su apariencia laocada, y hasta parece sugerir que una falta de cordura es necesaria para sobrevivir en este ambiente. Pero sus palabras son más certeras que las vulgaridades de otros personajes y señalan el camino de la lucha en vez de expresar una protesta endeble y desviada:

«Aquí, en el Perú que decimos, después de San Martín, don José, no han habido sino forasteros, extranjeros que han mandado. Nosotros no semos sino sirvientes de extranjeros... Los extranjeros son como los facinerosos engañadores de muchachas. Le ofrecen de todo y después que la han aprovechado, palo y escupe. Pero ahora las criaturas de las muchachas ya están como para retrucar el palo. ¡Que se vayan los extranjeros! Ahora he aprendido que la enfermedad viene de la inteligencia...»¹⁷.

Si volvemos a una frase anterior («En nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, los otros barrios de Chimbote están pestilenciados de gatos sin padre») y a la última citada («Ahora he aprendido que la enfermedad viene de la inteligencia») se notará que una interpretación doble es posible. Las posibilidades semánticas son múltiples, comienzan a restarle locura a Moncada. A primera vista, *en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo* podría entenderse

¹⁶ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 64.

¹⁷ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, pp. 64-65.

como una mera exclamación introductoria a la frase que sigue. Sin embargo, las estructuras lingüísticas también admiten una relación causal entre las dos partes de la oración, o sea: que la tradición religiosa es otra fuerza opresora para las masas pobres. Y como si los curas nacionales no bastaran, han llegado otros de los Estados Unidos, que ni siquiera se comunican bien con el pueblo. Exclama Moncada: «¡Ah, ah! La vida, la muerte, la pestilencia de harina de pescado, de fraile norteamericano, gentil caballero que no pronuncia el castellano como es debido»¹⁸. En el segundo caso, la ambigüedad también enriquece la función connotativa de la frase: *Ahora he aprendido que la enfermedad viene de la inteligencia*. ¿Es loco Moncada porque distingue perfectamente el origen del mal? ¿O ha penetrado el mal en el país por ardid de unos extranjeros astutos? Tal proceso y matización de razonamiento difícilmente podría ser hecho por un «loco» (aunque no olvidamos que es el autor quien pone estas palabras en su boca); de ahí que Moncada parezca ocultarse tras el caparazón de la locura y desde allí acuse a los explotadores.

El loco Moncada, igual que el Tarta, se fija en la presencia y significación del forastero don Diego, personaje que llega de forma imprevista y que se encuentra ubicuamente, tan dinámico que a cada giro demuestra otra faz de su ser. Dice el zambo a su amigo don Esteban de la Cruz: «Un hombre como usted y yo vemos», cuando éste explica:

«Hey visto a un enano rojo, compadre... Oyó huayno del Crispín cerca del esquina de la plaza y bailó la fuga en la cima del médano Cruz de Hueso. ¿Cómo entiende ostí? Un instantito pasó tres, cuatro kilómetros pampa tierra, arena bravo. Subió la cerro médano emposible, zigzagueando»¹⁹.

EL BILINGÜISMO

Don Esteban, ancashino enfermo de los pulmones por haber trabajado en una mina, no parece capaz de captar la situación que lo rodea. Durante años se ha dejado arrastrar por la explotación y su única esperanza es la de poder «botar» cinco onzas de carbón para no morir de la silicosis. Su castellano es pésimo según la norma monolingüe:

«Salvaré escopiendo hasta so final el carbón que hay taco-neado en me pulmón. Entonces, papacito Esaías, ya me boca no hablará sapo, culebra; no patiaré sin efecto, como ahorita que no hay fuerza, a me mojar; endenoché no le haré suciedad hasta cayer como alcatraz moribondo al basuras. ¡Caracho! Lindo se habla, en selencio, con el pensamiento, como el Dios»²⁰.

¹⁸ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 67.

¹⁹ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 186.

²⁰ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 151.

Esteban sabe que si se libera de los efectos de la opresión disfrutará de una vida mejor y dejará de hablar en forma tan ineficaz. El lenguaje no deja de representar una parte o de ser un símbolo del *status* social. Mas de momento el ex minero sigue hablando para sus adentros, y a medida que cuenta sus experiencias en la mina Cocalón, su español se vuelve cada vez peor, probablemente porque la influencia de su quechua nativo aumenta cuando Esteban se entusiasma con un tema:

«Socavón abajo ¡caracho! mundo negro, lengua tierra negra, socavón abajo, al barranco; pa'arriba, aire-polvo negro namás. Al hondo del quebrada... Sí, pues aunque sano toavía, entonces, cansaba boscando palabra castellano para contar bien, claro, a me compadre. Ahora, tanto, tanto pujando pa'aprender castellano, mochachito escapó Chimbote, ahora no quiere hablar quichua. Bien cocinero es, restaurante 'Puerto Nuevo', grandazo. Lindo castellano habla; a so hermano, enjuermo, ambulante de mercado, desprecia ya»²¹.

Se destaca aquí la importancia social del quechua en la novela. Igual que en otras partes de Sudamérica, la lengua indígena evoca prejuicios tanto raciales como clasistas, abre brechos hasta entre hermanos. Al indio que no puede expresarse en el idioma de los explotadores sólo le queda el trabajo opresivo y la muerte consecuente:

«Hemos mirado paisanos, después, en los foneral entierros, a las maripositas. Alzaban bastantes, mancha grande, del retamal. Viento fuerte arrastraba sus alita en el cañón barranco, río pa'abajo arrastraba, en cañón seco barranco. Lo hacía llegar, en veces, al negro río del carbón; cayendo caían. En polvo, seguro, atoraban. Don Cristóbal Ayahuanco, de Yanama, alegraba bastante cuando mariposa llegaba hasta cementerio. 'So lágrima, mensajero del retamita es, seguro', decía. 'Por cristiano forastero, endio solito en Cocalón muerte, mariposa llorando llora, silencio', contesta fuerte»²².

Junto con el trabajo forzado se encuentra en la situación de don Esteban otro elemento opresor ya mencionado: la Iglesia. El pobre serrano no sabrá expresarse oralmente, pero un religioso se ha encargado de enseñarle a leer el Evangelio. Desafortunadamente, el ex minero sólo nota las contradicciones del lenguaje teológico, aunque el conocimiento de las oposiciones podría ser característico del campe-

²¹ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 151.

²² Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 154.

sino, cuya fuerza vital le lleva a luchar contra la destrucción, acción propia de la única clase social verdaderamente revolucionaria:

«Don Esteban no había sido aún completamente convertido al evangelismo entonces. Había aprendido a leer bien, con el Hermano. Había asistido a muchas reuniones y escuchaba con interés y preocupación los comentarios de la Biblia. Empezaba a inquietarle el lenguaje "de ese Esaías". No le entendía bien, pero la ira, la fuerza que tenía él, el mismo Esteban, contra la muerte, su juramento a vencerla, se alimentaba mejor del tono, la "tiniebla-lumbre", como él decía, de las predicaciones del profeta»²³.

Luchar contra la muerte en este caso significa luchar contra los opresores que le han destrozado los pulmones. El pobre no es del todo incapaz de combatir el daño que le inflige el explotador, aunque la falta de recursos (conocimiento) puede llevarle a emplear una metodología ineficaz, igual que Esteban, que se empeña en superar su enfermedad, pero mediante un recurso que no sirve (el de pesar y guardar el carbón botado). Mas lo importante es que se trata de luchar, como le aconseja el verdadero profeta del pueblo: Moncada.

Si don Esteban fracasa en su lucha, para morir sumamente empobrecido, hay otros personajes que parecen tener éxito, aunque sólo sea temporalmente. Los serranos que consiguen trabajo en el puerto como pescadores superan con el dinero la barrera de la comunicación, igual que el Tarta ha alcanzado su sueño perverso «con sólo cinco mil soles en el puño». Así que el dinero es importante para que el pobre pueda levantarse, aunque no lo es todo. Otro pescador, don Hilario, tiene la respuesta: «El trabajo vencerá algún día al capital con el educación»²⁴. Esta breve afirmación demuestra dos cosas que queremos destacar: I) que la actitud de don Hilario es propia de la teoría idealista reinante entre la pequeña burguesía. Aunque es indio de la cultura, Hilario ha bajado a la costa, ha aprendido a hablar y leer castellano a los treinta años, y se ha contaminado de las aspiraciones incorrectas o incompletas (de todas formas poco revolucionarias) de la sociedad costeña; y II) que la educación en este caso no ha sido tan eficaz, si este hablante aún no sabe una cosa tan elemental como el manejo de los artículos. Es otro ejemplo del desplazado que se ha «desviado» al descender.

Asto es un quechuahablante que cobra un sueldo respetable y momentáneamente se siente más fuerte; el dinero habla, es un medio de comunicación muy eficiente si se sabe utilizarlo:

²³ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 158.

²⁴ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 125.

«Asto salió del cuarto de la Argentina al callejón techado... No percibió las filas de clientes de la Argentina y de las otras. Se fue silbando un huayno, cruzando las otras filas de clientes. Zavala lo vio irse. "Pisa firme ahora —dijo—. Camina firme, silba firme ese indio. Desnudo, amarrado al muelle, días de días, aprendió a nadar para obtener matrícula de pescador. No hablaba castellano. ¿Cuál generosa puta lo habrá bautizado? Desde mañana fregará a sus paisanos, será un caín, un judas"»²⁵.

Sintiéndose fuerte («Yu... criollo, carajo; argentino, carajo. ¿Quién serrano, ahura?»), el indio piensa en lo que ha conseguido con el dinero. Pero Asto intenta coger un taxi, cuyo chófer termina enfadándose y acaba expulsándolo. Por poco el serrano se hunde en la fetidez de la playa donde cae, pero consigue volver al prostíbulo de donde rescata a su hermana. Camino del «barrio Aciro», coge de nuevo un taxi. La escena es la siguiente:

«A poco de arrancar el automóvil, el chófer oyó que el pasajero hablaba en quechua, fuerte, casi gritando ya. La mujer le contestaba igual... Parecía un dúo alegre y desesperado. "¡Estos serranos! Nadie sabe, nunca", dijo silabeando, despacio, el chófer»²⁶.

Hay que analizar la afirmación del segundo taxista en comparación con los abusos verbales del primero. En contraste con la experiencia anterior, este chófer tiene la oportunidad de observar al indio en su propio medio lingüístico:

	<i>Viaje en taxi</i>	<i>Idioma utilizado</i>	<i>Reacciones</i>	<i>Desentlace</i>	<i>Signo final</i>
ASTO	solo	español	vulgaridad, agresividad, fallos lingüísticos	recibe burlas ↓ conflicto de comprensión	no llega
	acompañado (hermana)	quechua	fuerte, alegre, desesperado	no recibe burlas ↓ no hay conflicto de comprensión	llega

²⁵ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 45.

²⁶ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 49.

El potencial del individuo se ve realizado por medio de la solidaridad con los demás (representado aquí por la hermana); es una solidaridad a la vez espiritual y lingüística. El pueblo así unido exige que se le mire con respeto, mientras un hombre sólo tiene que someterse a las normas del grupo poderoso (el primer taxista). El idioma indígena sirve para caracterizar una zona geográfica y, por lo tanto, un estilo de vida propio de esta región. Se destaca el conflicto campo-ciudad, proletariado-burguesía con estos datos que en la novela se presentan en forma lingüística. Asimismo, los hechos —tanto por falta de comprensión (el chófer) como por el bilingüismo (Asto)— sugieren unas circunstancias muy significativas. Con frecuencia el individuo monolingüe teme al que sabe dos idiomas, por varios motivos. Dado el contexto socio-económico peruano, en el cual la explotación es llevada a cabo mediante el aislamiento lingüístico de un sector que difícilmente puede enterarse de cómo funciona la maquinaria opresora, a la burguesía no le conviene perder el control de las masas de habla quechua. Al mismo tiempo no quiere aprender la lengua de estos oprimidos, tan falta de prestigio. Esto significa que un arma para la lucha de la población campesina podría ser el idioma quechua; abandonarlo es ofrecerle más fácil dominio al enemigo, y éste lo sabe. Don Angel Rincón lo atestigua:

«... en estos lares de la sierra norte a veces es pior, en eso de zurrarse en los indios, que allí donde quedan arraigos del tiempo de los incas; en Cuzco, Apurimac, por ejemplo. Conozco. En las sierras del norte hablan castellano; en la mayor parte de las providencias ya no saben el quechua. Mejor. Así no hay secretos, ¿comprende? Están a la vista, ¿comprende? Y se han convertido en poca cosa, a mi parecer. En Cuzco, Apurimac, Huancavelica, Puno..., el indio te mira como de otra orilla. Extraño»²⁷.

La función del lenguaje como arma opresora o defensiva no se aprecia en autores como Ciro Alegría, que, aunque vivió entre los indios, sólo conoció a los que ya habían perdido este elemento tan importante de su cultura. En cambio, José María Arguedas se crió entre gentes que no se mostraban tan castellanizadas. La pérdida de las raíces es criticada por Arguedas, como ya se notó, sobre todo cuando el aprendizaje de otro idioma trae consigo la aculturación. Asto no fracasa porque vuelve al burdel a sacar a su hermana; pero hay personajes como el serrano Gregorio Bazalar e Hilario Caullama, indio aymara vuelto patrón de lancha, que son despreciados porque un individualismo nutrido por fines capitalistas ha hecho que den la

²⁷ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 102.

espalda al ambiente serrano. Su grado de éxito puede calcularse según la regla de habilidad lingüística que se da en *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Mientras don Esteban de la Cruz y Asto aparecen como víctimas inocentes de la explotación, con la lucidez de sus pensamientos embotada por el desnivel comunicativo, hay otro «cholo todavía aturdido»²⁸ que merece la atención y crítica del narrador. Don Gregorio es residente del barrio de San Pedro. Es un chanchero eficaz que llega a ser delegado y, finalmente, presidente de este mundillo que demuestra un noventa por ciento de analfabetismo. Es un hombre respetado, que «caritativamente» mantiene a dos mujeres y que sabe «hacerse respetar por sus puercos» (según su propia afirmación). El narrador explica además que:

«En el resto de la vastísima área de la barriada Bazalar era notable, era ya verdaderamente notable, porque salía temprano a recoger desperdicios de los restaurantes más baratos del puerto y siempre andaba impecablemente afeitado, de camisa limpia y con una chaqueta que llevaba con formalidad distinta que impresionaba ni bien ni mal, pero que ganaba para el chanchero cierto espíritu como de respetabilidad en el vecindario. Debía contribuir a eso su castellano que, a pesar de los "motes", no dejaba de imponerse porque lograba hacerse entender y respetar, y las palabras "aseñoradas" que usaba, las empleaba con petulancia como legítima»²⁹.

El sarcástico retrato de Bazalar descubre a un individuo que supestamente aboga por su gente, pero que en realidad busca realizar sus propias ambiciones: vencer a Mancilla, comerciante del mercado Modelo, que, además de ser capitalista, es dueño de los chanchos que cuida don Gregorio. La ropa e indumentaria verbal son pura ostentación y no engañan más al público que al que las utiliza:

«Bazalar se afianzaba, y tanto por las noches como mientras recorría las oficinas de la Comandancia de la Guardia Civil, de la Subprefectura y de la Municipalidad, alentaba con más lucidez y firmeza un proyecto grande, "magnánimo" que había "adevinado para la feicidad general del barriada y so pedestal personal heroico". La lucha lo fortalecía e inspiraba, ampliaba "sos entrosmentos verbales ejecotivos, y cada día más y mejor»³⁰.

²⁸ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 76.

²⁹ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 235.

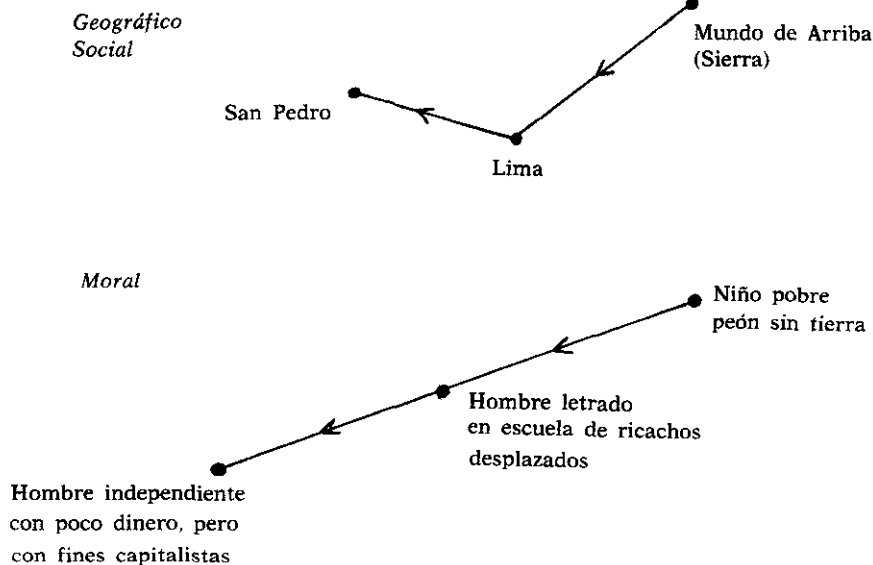
³⁰ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 235.

El espectador sólo puede reírse de este personaje. Ha puesto mucha fe en el español y ha logrado cierto nivel expresivo (aunque de ninguna manera correcta), para poder impresionar y avanzar tanto social como económicamente. Mas su lenguaje lo delata. Su nuevo disfraz lingüístico pretende ser genuino, pero el pasado sigue estando presente:

«No quería recordar los tiempos de cuando fue niño casi sin ropa y de cuando fue peón sin tierra y sin casa en el mundo de arriba. Pensó con regocijo en el acierto que tuvo al haber estudiado, muy en serio, sólo tres años y ya hombre, en una escuela nocturna de un barrio residencial de caballeros ricachos serranos de Lima»³¹.

Este personaje es objeto de burla por parte del narrador, ya que es un trepador social, pero con una «labilidad» ascendente que en realidad tiene poco impulso. Ahora busca las circunstancias políticas para levantarse cada vez más, pero hay que tener en cuenta un hecho clave para interpretar su «nuevo» carácter. Lo que le ha permitido a Gregorio el salto al mundo capitalista ha sido la educación. El sencillo esquema que se ofrece a continuación traza el trayecto social de este personaje:

PROGRESO



³¹ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 236.

Lo que ha parecido un ascenso es en realidad un descenso moral cuando se contempla desde el punto de vista narrativo. Hay una tensión entre el mundo de arriba y el de abajo que puede expresarse tanto en términos de valores humanos como en términos económicos. Es decir, cuando estaba «arriba», Gregorio era un niño harapiento y un desafortunado explotado por terratenientes, pero por lo menos era víctima explotada y no explotador. Al bajar a la costa aprende a aprovecharse de las facciones políticas, de la Iglesia en cuanto poder represivo y de las mujeres. Aquí la pobreza tiene un valor positivo comparado con el valor negativo de la riqueza material que facilita el individualismo egoísta. Nótese también que la escuela contribuye al mantenimiento del sistema opresor, ganando miembros para la sociedad clasista (nuevos 'caballeros ricachos'):

«Para ser eficaz, toda educación impuesta por las clases poseedoras debe cumplir estas tres condiciones esenciales: destruir los restos de alguna tradición enemiga; consolidar y ampliar su propia situación como clase dominante; prevenir los comienzos de una posible rebelión de las clases dominadas»³².

En Bazalar se encuentra en forma simbólica la destrucción de una tradición, claramente enemiga de los intereses de los blancos ricos. Ya no puede pensar en su idioma materno³³, sino sólo según las estructuras que le han enseñado los burgueses. Al mismo tiempo, su conocimiento inadecuado del lenguaje —político y diario— le mantiene subyugado a los intereses de esta misma burguesía. Una última afirmación del chanchero pone de manifiesto la trágica situación de un individuo a caballo entre dos mundos, pero, sin embargo, capaz de vislumbrar (aunque de modo incompleto) la explotación que hace de todo peruano un extranjero en su propio país:

«Yo quizás —pensó; ya no podía pensar en quechua— puede ser capaz, en su existencia de mí, no seré ya forastero en este país tierra donde hemos nacido. Primera vez a primera persona colmina ese hazaña defícil en so vida exestencia»³⁴.

Con la niñez, don Gregorio ha dejado atrás la comunidad, y la madurez sólo fomenta en él un individualismo solitario que caracteriza al capitalismo. El progreso socio-económico está visto como la contradicción negativa, la antítesis de un primitivismo comunal más ingenuo,

³² ANÍBAL PONCE, *Educación y lucha de clases*, Madrid, Akal editor, 1978, p. 28.

³³ JOSÉ MARÍA ARGUEDAS, *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, Buenos Aires, Editorial Losada, D. A., 1971, p. 237.

³⁴ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, pp. 237-8.

pero más loable. El hombre no está solo ante la opresión, insinúa el narrador; pero si no se da cuenta de ello, seguirá sufriendo en silencio, sin luchar. Este descastado es definitivamente un ser trágico cuya condición anímica y social está perfectamente reflejada en su habilidad lingüística degradada.

Se podrían citar numerosos casos de personajes bilingües (quechua/castellano) a lo largo de la novela, señalando asimismo el significado social que tiene el aprendizaje inadecuado del segundo idioma, el de los opresores, además de las funciones que mantiene la lengua indígena. En otras ocasiones, notablemente en *Los ríos profundos*, Arguedas muestra claramente cómo los religiosos utilizan el quechua con el fin de comunicarse mejor con la comunidad india y humillarla, o sea, para evitar una posible rebelión, tal como lo explica Ponce. En *Todas las sangres*, el capataz mestizo habla quechua para dar órdenes a los mineros y para enterarse de cualquier complot contra el poder de la clase dominante. De ahí que, en la obra de Arguedas, la educación se presenta como un recurso del grupo explotador para oprimir al indio y mantenerlo subyugado lingüística e ideológicamente.

En *El zorro de arriba y el zorro de abajo* hay otro grupo de opresores que son los curas norteamericanos. Estos traen una «nueva» tradición católica que ya está fuertemente arraigada en el Perú. ¿A qué vienen, entonces? Estos yanquis advenedizos conocen mal a los peruanos hispanohablantes y peor a los que hablan quechua. Representan una nueva conquista —de tipo lingüístico— porque llevan a cabo sus planes imperialistas en inglés, tras puertas cerradas. Pero hay un norteamericano que se opone a los intereses creados de sus compatriotas. Maxwell, anteriormente miembro del Cuerpo de Paz, critica abiertamente al padre Cardozo y expresa su intención de quedarse en Chimbote, entre la gente del pueblo:

«... Tú andas nadando en las cáscaras de esta nación. No lo digo con desprecio. En Paratía aprendí a usar bien las palabras. Estás en la cáscara, la envoltura que defiende y oprime... Me has hecho llamar por un enlace norteamericano, yo he venido con un enlace peruano. Y voy a decirte todas las cosas claras...»³⁵.

Si el «ex Cuerpo de Paz» se ha acercado política y espiritualmente al Perú es porque ha conocido las raíces del pueblo, es decir, al indio de la sierra, su lengua y su música. Esta es la base de la cultura nacional, cemento del país en su ámbito original, no despedazado y desplazado a la costa para satisfacer los deseos del explotador. Por lo tanto, hay fuerza en la unidad, afirma Max:

³⁵ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 241.

«En pueblos como éstos, de Capachica y Paratía, y todo el lago, el extranjero y, más el yanqui, no puede diluirse fácilmente y, mucho menos, si ha oído y entendido lo que yo, si ha aprendido lo que yo. Son pueblos compactos aún e íntegros en su primitivismo más sutil que el Empire State y más seguros de sí mismos que tú y que yo, aunque se les mira como si estuvieran danzando dentro de una muralla o al borde de un abismo»³⁶.

Max señala la fuerza del pueblo unido cuando no se le arrebatan violentamente sus estructuras sociales, entre las cuales se encuentra el idioma. Mas el padre Cardozo no es capaz de comprender este hecho y expresa el deseo (sin darse cuenta de ello) de fomentar el doble imperialismo lingüístico:

«No entiendo bien. Tú estudiaste a fondo el castellano en tu universidad y aquí has aprendido mucho el lenguaje refinado y el popular; hasta cambias el tono de la voz en referencias especiales que haces. Y también en las barriadas hay personas... que hablan el español mejor que muchos criollos pescadores. Explícate o explícame. Y usa el inglés con más frecuencia, con perdón del señor Ramírez»³⁷.

Pero Max se niega a utilizar esta segunda arma de conquista que es el inglés, en parte porque el tercer miembro del grupo, Ramírez, no lo comprende. Insiste Max en la necesidad de acercarse a los peruanos según la manera de ser de éstos, y de no imponerles estructuras ajenas:

«Oír la misa es entender a la gente en lo que tiene de particular; oír y saber lo que ellos oyen, saben y obedecen o niegan. "Cavar el corral" es trabajar, por ese entendimiento, al modo y manera de ellos, nativo» (38).

Y concluye:

«... seguramente nuestras finalidades, métodos y esperanzas son muy diferentes como el sitio y el modo en que vivimos aquí» (39).

Max simboliza una fuerza antiimperialista, una presencia extranjera en el Perú que querría y podría evitar ser dañina para el país.

³⁶ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 242.

³⁷ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, pp. 243-44.

³⁸ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 244.

³⁹ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, pp. 244-45

si aceptase dejar al pueblo en su sitio, respetándolo y comunicándose con él según el 'modo nativo'. Ha entendido que la no-comprensión del campesinado ha ocasionado su ruina y no quiere participar en una nueva superposición de estructuras capitalistas.

El metallenguaje

El sexto y último uso del lenguaje que señalaremos en *El zorro de arriba y el zorro de abajo* es de tipo metaligual. El personaje que más a menudo se sirve de esta función es el forastero Diego. Se verá que este personaje/zorro también tiene su reflejo en los dos zorros, el de arriba y el de abajo, que contemplan la escena novelesca en el puerto de Chimbote. Los comentarios de don Diego son breves, traen reminiscencias de las alturas serranas por el léxico y los temas, pero sobre todo sirven para destacar las fuerzas explotadoras, cómo han alcanzado sus fines por medio de un calculado mantenimiento del pueblo en la ignorancia. Los serranos son arrancados de su ambiente natural y convertidos en desplazados oprimidos porque no saben cómo es la vida costeña ni cómo escapar de la miseria en que se encuentran hundidos. Diego provoca la yuxtaposición temática de industria, ignorancia y aprendizaje desarrollado para llevar a cabo la meta capitalista:

-----«—Empecemos por el principio —dijo don Angel—; esos cinco ciclones los maneja un solo cholo.
—¿Sabe leer? —preguntó el visitante, mientras seguía al jefe, en dirección del mar.
—No sabía cuándo llegó» (40).

También, por medio de inferencias y sutiles connotaciones ambiguas, relaciona 'la lengua' con la presencia maléfica de la empresa pesquera. La corrupción se yergue indomitable y con expresión inconfundible:

«—Ese humo parece la lengua del puerto, su verdadera lengua —dijo el visitante—; ... le cuesta levantarse, pero parece que nadie, ni las manos de los dioses que existen y no existen podrían atajarlo» (41).

Don Angel se ve forzado a seguir explicándole cómo funciona la empresa, quién es su mano de obra:

⁴⁰ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 125.

⁴¹ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 126.

«Ningún indio tiene patria, ¿no? Me consta. No saben pronunciar ni el nombre de su provincia... ¿Dónde está la patria, amigo? Ni en el corazón ni en la saliva... No saben pronunciar el nombre de su provincia los unos; los otros maldicen a su padre y a su madre; todos se emborrachan como gusanos, pero, sin embargo, cuando se les enseña a manejar máquinas... estos bestias aprenden...» (42).

En realidad, Diego ha hecho que don Angel le explique el mecanismo de la explotación, eso es, el haber traído a unos individuos 'incultos' para enseñarles a manejar máquinas que deterioran la economía y la ecología del país. No es una educación deseable, pero funciona bien para los que sólo llegan a segundo o quinto año de Primaria (el caso de dos de los trabajadores); por lo menos están empleados y ganan un sueldo. Cuando un obrero de la empresa pesquera se atreve a hacerle preguntas al forastero, don Angel corta la conversación, debidamente intranquilo:

«Me ha indignado un poco el modo con que Policarpo le ha dirigido la última frase.

—Pero era correcta e irreprochable.

—Y usted no le da la misma importancia a la forma que un ejecutivo de Empresa.

—Claro, don Angel; yo soy ejecutor oyente, no ejecutivo» (43).

El forastero también viene a cuestionar los términos que suelen usarse para describir la maquinaria del sistema, o sea, el porqué de la escisión entre palabra y hecho. El nuevo lenguaje que propone causa trastornos para el funcionamiento de la industria capitalista; es la terminología de uno ajeno a la obra, ni explotado ni explotador, y, por lo tanto, objetivo:

«—Están girando en vano, están girando en el vacío. Es una demostración. No se preocupe, amigo. Mire: así, en cada curva hueca del tornillo, el gusano lleva la anchoveta a las rastras de abastecimiento. Para los visitantes especiales, si hay alguna posada vacía, yo ordeno que se haga funcionar el gusano...

—Me asustó, de veras, el gusano. Parece que comiera aire en una sepultura vacía.

—Usted llama sepultura a una verdadera bocamina. Cómo se ve que no entiende...

⁴² Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 129.

⁴³ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, pp. 132-33.

—Amigo, no siempre entender halaga, más bien, otras veces, asusta, un ratito» (44).

Y cuando, por fin, don Diego se extralimita con las preguntas acerca de las condiciones en el puerto, Angel le dice: «Oiga, amigo. Nadie sabe jalar la lengua tan alegre y jodidamente como usted.» A lo que el visitante replica: «Es que yo no jalo. Yo entro» (45).

Lo importante es que el personaje no predica; no clama contra las circunstancias repugnantes. Desde dentro del país, con posturas de arriba y de abajo, pone en tela de juicio la industria y sus intereses. Hace que don Angel revele la estructura de la explotación, su verdadero lenguaje, como cuando éste explica la práctica objetiva de la empresa. Luego Diego se deja ver por los explotados, poco a poco, y en varias formas. No representa la rebelión en sí, pero es él quien comienza a difundir las semillas del conocimiento que podría conducir al pueblo a una lucha contra la opresión. Con don Diego entran en primer plano tanto la forma como el contenido del vehículo de comunicación. El forastero se preocupa de señalar un camino mejor, al indicar que hay otra realidad subyacente a la transmitida.

El enlace de los personajes con la estructura son los zorros dialécticos, que también aparecen en forma de seres literarios/míticos. Crean un metatexto sólo superado por los diarios del mismo Arguedas, si es que es superado, porque al final el propio autor se desespera de mantenerlos restringidos a un mero ámbito novelesco y él mismo se convierte en tema de discusión de ellos. Estos zorros ponen en duda la eficacia del lenguaje humano en un mundo tan corrompido. Parecen sugerir la posibilidad de que, después de identificar y poner en movimiento las fuerzas y tensiones de la Nautraleza, ese conocimiento no sea comprendido y aceptado por los seres humanos. La única posibilidad es la de incitar el proceso de antítesis, para alcanzar otra síntesis superior:

EL ZORRO DE ABAJO: ¿Entiendes bien lo que digo y cuento?

EL ZORRO DE ABAJO: Confundes un poco las cosas.

EL ZORRO DE ABAJO: Así es, la palabra, pues, tiene que desnuzar el mundo. El canto de los patos negros que andan en los lagos de altura, helados, donde se empoza la nieve derretida, ese canto repercute en los abismos de roca, se hunde en ellos; se arrastra en las punas, hace bailar a las flores de las hierbas duras que se esconden bajo el *ichu*, ¿no es cierto?

⁴⁴ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 133.

⁴⁵ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 140.

EL ZORRO DE ARRIBA: Sí, el canto de esos patos es grueso, como de ave grande; el silencio y la sombra de las montañas lo convierte en música que se hunde en cuanto hay.

EL ZORRO DE ABAJO: La palabra es más precisa y por eso puede confundir. El canto del pato de altura nos hace entender todo el ánimo del mundo... (46).

KATHLEEN N. MARCH
State University of
New York at Buffalo
(EE. UU.)

⁴⁶ Idem, *op. cit.*, *ibid.*, p. 56.